

LA ILUSTRACION NACIONAL

MADRID

ADMINISTRACIÓN ECHEGARAY, 34.

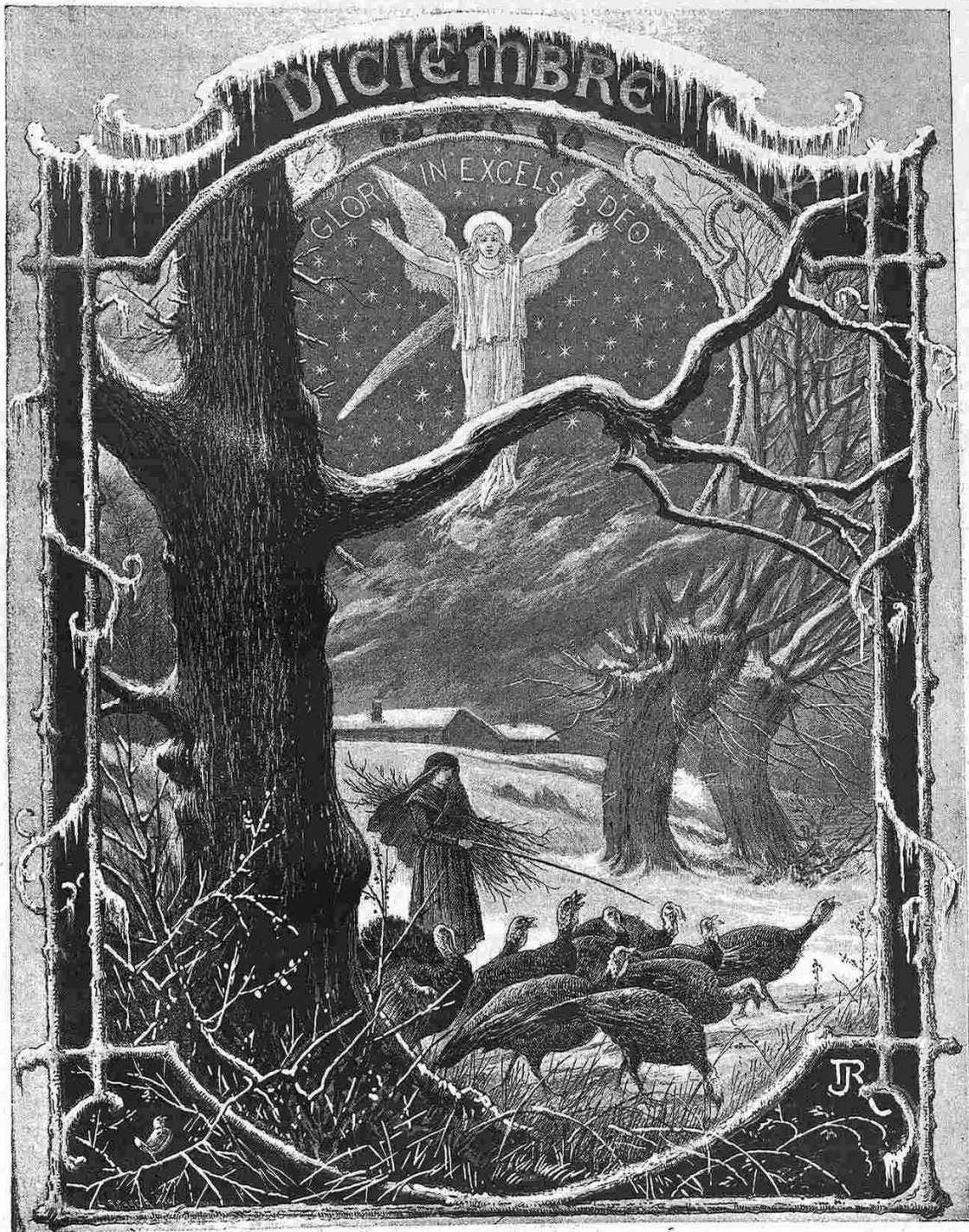
FUNDADOR

D. Arturo Zancada y Conchillos

DIRETOR: D. RIARDO VIN UESA

AÑO XXI.—NÚM. 32

19 DE DICIEMBRE DE 1900



ALLEGORÍA DEL MES DE DICIEMBRE

EN LA VEGA

NOVELA DE COSTUMBRES GRANADINAS

POR

JOSE DE LAUGI

I

ANTECEDENTES

Confieso francamente que tuve un disgusto cuando mi madre, llamándome aparte, me comunicó sus decisiones. ¡Abandonar mi tierra! ¡dejar quizás para siempre sus montañas eternamente verdes, sus valles siempre pintorescos, su mar bravo ó tranquilo, tan pronto en tempestad como en bonanza! ¡Y con todo esto, mis únicos amigos, mis afecciones, mi familia!

Desde la muerte de mi padre, acaecida tres años antes, no había experimentado semejante angustia. Aquella repentina ausencia de Castro, mi pueblo natal, me parecía una de esas cuestiones tan engorrosas y tristes que sólo se meditan cuando se vienen encima. Imposible me fué por largos momentos amenguar el efecto producido; á pesar de mi voluntad, me presentaba el corazón todos sus cariños, y así como después de muerto mi padre, gozaba recordando sus bondades, así al pensar en alejarme de la tierra me enternecía, viendo aquellas calles y plazas, el puerto, los paseos, todo cuanto quería, y que pronto, muy pronto dejaría de ver. Aquellos pensamientos me atormentaban con tal fuerza, que aún recuerdo, como si hoy mismo me pasara, ¡enjugar avergonzado unos lagrimones como garbanzos, que se me escapaban á pesar de mis veintidós años cumplidos!

Eramos cinco hermanos: tres varones, y yo el mayor de todos. Mimados con exceso por mi pobre madre, era nuestra voluntad reina y señora de la casa; allí el coro de nuestras voces era el acompañamiento del astro sol, puesto que desde que asomaba su esfera por encima del Coto, hasta que se hundía allá en el mar, hacia Urdiales, no se oía en mi casa más que el continuo gritar de mis hermanos y el eterno batallar de mi madre. Todo enmudecía cuando la luz solar se fugaba; entonces mi madre arrojaba á los más pequeños, regañaba amorosamente á los mayores, y ella y yo nos quedábamos hasta más tarde, las diez próximamente, charlando como dos jefes de familia.

Mi padre dejó poca fortuna, tan poca, que solo bastaba á nuestras necesidades, y gracias á la habilidad de mi madre lográbamos vivir con un lujo relativo, guardando la fama del indiano que regresó rico de América. Allí fué mi padre cuando era joven; allí, batallando con el clima y la gente, arrancó á la tierra los ricos frutos que aquí soñamos, y trabajando en lo que se podía, logró reunir algún dinero con que volver á España; se casó al poco tiempo, y sus muchos hijos y algunos negocios no muy afortunados, fueron mermando considerablemente su hacienda de ricacho.

Cumplí veintidós años haciendo la mejor vida imaginable, entretenido en pescar algunas tardes, en salir otras de paseo por el mar y en hacer excursiones, tan pronto á las alturas de Cerredo, como al valle de Sámano, como á los mil puntos pintorescos que aquellos alrededores ofrecen. Cuando llovía, nuestro recurso era la Correría; allí enamorando modistillas y pensando en pescas y escapatorias, ó bien preparando todo para la próxima romería, haciendo cálculos sobre el tiempo, pensando en la música municipal que probablemente iría, comprometiéndome á las lindas muchachas para ser su compañero de tarde, para bailar y merendar juntos, rezar una salve en la iglesia del pueblo romero; y después, ya oscurecido, regresar tranquilos y contentos cantando á voz en cuello la canción del minero, ó los aires de *Marina* ó el himno de Espartero, con letra alusiva al acto.

Y así se deslizaba tranquilamente mi vida; mi porvenir estaba en Castro. ¿En qué? No lo sabía; pero ni mi madre ni yo pensábamos nunca que me pudiera alejar de aquella casa donde todos vivíamos juntos, y donde cada cual, llevando un poco de alegría juvenil, endulzábamos la vejez de mi madre, que ya empezaba á denunciarse con mal ocultas canas.

Pero como las cosas cambian y de cuando en cuando parece que Dios sopla en el mundo para alterar el orden de las cosas por nosotros creado, una carta malhadada de un tío mío, que después de volver de América se había establecido en Granada, vino á turbar mi vida invitándome á marchar con él. Era hermano de mi padre, soltero, ya bastante viejo y de capital acrecentado por sus buenos negocios. Vivía en Granada desde hacía tiempo, y no pudiendo volver á Castro, á causa de sus ocupaciones y viendo-

se completamente solo, pensó en sus sobrinos, escogiéndome á mí que, por mi edad, parecía el más propicio á sus deseos.

Con gran dolor me enseñó mi madre la carta. Yo no pude concluir de leerla porque al final lloraba como un becerrete; en el instante comprendí lo que me esperaba, pero ¿qué hacía yo en Castro? ¿Es que iba á pasar así la vida? Aquella carta me mostraba un porvenir risueño; solo con mi tío, heredaría su riqueza; quizás pudiera auxiliar á mi madre y hermanos; quizás con el tiempo fuera su segundo padre, y ante la idea de servir de algo, sentí un arranque de hombre, absorbí como por misterio aquellas lágrimas rebeldes, y contesté categóricamente á mi madre que, puesto que aquél era mi porvenir, lo aceptaba resignado.

Mi padre, de carácter resuelto y vehemente, no podía sufrir las vacilaciones.

Recordaba yo una tarde que, pescando en barca con aparejo, por torpeza mía, subiendo despacio la presa, logró escaparse cuando reclinado en la borda me disponía á cogerla, y fué tal el coraje de mi padre, que de un pescozón salí expulsado de la barca como si me mandase seguir al pez hasta el fondo del abismo. Después él mismo me cogió suavemente, y dejándome como una pluma sobre la barca, me dijo tan sereno:

—Procura otra vez hacer las cosas más deprisa.

Heredado el carácter, pues la voz popular así lo aseguraba, no vacilé mucho ante la carta, y ahogando mi pena contesté á mi madre aceptando la invitación. Partiría de Castro, trataría de ser útil á mi tío, escribiría con frecuencia á todos, y aquella riqueza de mi señor pariente que, dicho sea de paso, hasta entonces ni se había acordado de que existíamos, vendría á parar á nosotros.

Quedó convenido en que haría el viaje por mar, saliendo de Bilbao en un vapor costero para desembarcar en Málaga y allí tomar el tren hasta Granada, donde me esperaba mi tío, que por lo visto vivía en plena vega, algo distante de la capital.

No es posible, ni trato de describir, lo que en los días que precedieron á mi marcha sufrí y pené con tanta despedida; tanto sufría al decirle adiós á mis parientes y amigos, como al decirselo á aquellos lugares que reconcentraban toda mi vida, aquel Brazomar donde tanto había bailoteado, Mioño, Otáñez, Guriezo, y sitios como la Barrera, que iluminaban en el verano con farolillos á la veneciana; la Correría, la calle del Mar, el nuevo puerto, que comenzaba á avanzar mar adentro; el mirador de Santana, que parecía defendernos del mar embravecido, y Santa María, que se me antojaba la reina de Castro dominando toda la villa, sería como sus hijos, fuerte como nuestras almas y guardadora de mil recuerdos de otros que fueron jóvenes y también marcharon sin vacilar á América, de tantos como rezaron bajo sus bóvedas, de tantas plegarias y deseos como recogió en su seno, vigia de Castro, respetable por su edad y grandiosa por su belleza.

Como todo llega, llegó una mañana en que nos levantamos en casa muy temprano. La noche antes todo había sido preparar mi baulillo; nada olvidaba mi madre; todo al ponerlo allí tenía un objeto que me explicaba cariñosamente, sin duda sospechando mucho de mi inexperiencia. En aquél baul forrado de piel de vaca sin curtir apenas, debió de meter mi madre más que la ropa, porque al ir á abrirlo luego más tarde, ya en el vapor, algo debió de salir que fué directo al corazón, nublando de lágrimas mis ojos.

Desde el buque que se alejaba de Bilbao, pasando por frente de Castro, dí mi último adiós á todos; allí en Santa María me parecía ver entre mis lágrimas á mi madre rodeada de mis hermanos, diciéndome adiós con el pañuelo; parecía que los jirones de mi alma quedaban enredados en aquellas montañas; el mar inmenso arrastraba el vaporcillo hacia su centro, y yo, con los ojos fijos en Castro, lo vi borrar poco á poco, como si desapareciera para siempre de mi vista para meterse dentro de mi alma, muy dentro, de allí donde salían mis lágrimas y mi pena....

II

MI LLEGADA, CARÁCTER DE MI TÍO Y OTROS PORMENORES

Llegué á Granada una mañana del mes de Marzo. Todo el viaje lo hice recordando aquello que dejaba, y todos los puertos que visité me parecieron tristes é inhabitables. No concebía que aquellas gentes pu-

dieran soportar la vida en aquellas casas y calles que no eran las de Castro; me parecían tristes desterrados á poblaciones muertas, y sentía hacia ellos una compasión desconocida como si tal mereciese el haber nacido fuera de mi pueblo.

Sin embargo, puedo decir que hubo algunos días en que llegué á olvidar mi vida anterior, impresionado por las cosas nuevas que veía. Las poblaciones que fui conociendo en los diversos puertos en que hizo escala nuestro buque, dejaron en mí la impresión de lo nuevo, algo así como un asomar á otra vida, de la que sólo tenemos ligeras nociones. No se crea que mi ignorancia era tan supina que desconociera la existencia de todo aquello; al contrario, siempre fué mi afición leer y enterarme de cuanto caía entre mis manos; toda la biblioteca del Círculo de Recreo me la tenía tragada en ratos perdidos, que por tratarse de mí eran más que los aprovechados. Allí en la Plazuela, donde tenía asiento el Círculo, bañadas sus paredes por el agua del mar que entraba en el puerto, leí con avidez historias y novelas; releí cuanto han escrito Galdós y Pereda, á quienes, quizás por razones etnológicas, consideraba yo como amigos míos; los dos tenía entendido que vivían en la capital, y puede que, influidos por la misma brisa que yo respiraba, vieran, como yo veía, los asuntos de que trataban. Declaro también que más me entusiasmaron aquellos espíritus que Galdós nos describe, liberales é emprendedores, que los intransigentes de Pereda; mas en lo tocante á sentir la tierra se llevaba éste la palma. Puesto en Madrid, hubiera yo sido un personaje de Galdós; allí, metido en Castro, era un original de Pereda.

Digo todo esto, para que quien lea estas Memorias vaya formándose idea de mi modo de ser y no se llame á engaño si, en el curso de este relato, ve que me desvío algún instante poetizando las cosas de manera quizás impropia de la naturaleza de un montañés criado entre riscos y breñas.

Llegué, como digo al principio de este capítulo, una bella mañana de Marzo; recorrió el tren la rica Vega, donde me esperaba la nueva vida, y pronto, sin darme entera cuenta de cómo pasó, me ví en la estación entre los brazos de mi tío. La poca costumbre de viajar hizo que perdiera de tal modo los sentidos, que, pensando en tanta cosa como veía, no pude precisar ninguna, hasta que, ya metido en un cochecito y éste puesto en marcha, comencé á darme cuenta de lo que tenía delante.

Mi tío me preguntaba con cariño por toda la familia que allá en Castro dejaba; mas impresionado sin duda por los recuerdos que mi presencia agolpaba en su memoria, quedábase distraído, y aprovechando esos momentos el joven que guiaba el coche y que no cesaba de conversar con la jaca, queriendo cambiar de interlocutor, dado el silencio del animal, exclamaba dirigiéndose á mí sin esperar respuesta alguna:

—Eza é la plaza é toro. Eze el hospital de San Juan de Dió. ¡Arre, esgalichá, que te voy á jacer porvo! La plazuela de la Triniá. ¡Mardito jaco, mala puñalá te den! La calle las Tabla. ¡Anda, arrastrá, que ahora es cuesta pa' bajo! ¡Adiós, tío Remiendo! ¿...? ¡Zi, el zeñorito Pablo. ¡Condiós!

Y así seguía su monólogo, ya dirigiéndose á la jaca, ya á mí, ya á cualquier conocido que pasaba con dirección á Granada.

Mi tío seguía cabizbajo, y yo en situación tan desairada, que no acertaba á despegar los labios, temeroso de decir alguna vaciedad. Sólo el cochero se encargaba deirme explicando los accidentes del terreno, pero de una manera tan especial, que ni siquiera me dirigía la mirada, como si todo el monólogo fuera para la jaca.

—¡Sío, jaco! El ventorrillo del Olivo; ya no falta más que la mitá del camino pa' llegar al cortijo.

Desearo estaba yo llegar y poder hablar despacio con mi tío, explicándole todos los pormenores de mi viaje y tratando de sondear su carácter, ya que su mutismo no se prestaba entonces á observaciones de esa índole.

—Ya ves qué caminos; parecen todo menos lo que son—exclamó dirigiéndose á mí con bondad;—buena diferencia de aquellos caminos reales que os gastáis por aquella tierra. Ten cuidado con ese bache; veté á la izquierda por si acaso.

—Malo es el camino—dije yo por decir algo.

—Pues ahora—añadió el arriero—es un zalón de baile; en cuanto llueve se pone que ni las golondrina puen pazarlo.

(Continuará.)

LA ILUSTRACION NACIONAL

MADRID

DIRECTOR

AÑO XXII.—N.º 8

ADMINISTRACIÓN: ECHEGARAY, 34

D. Práxedes Zancada y Ruata

22 DE MARZO DE 1901



EL SR. SAGASTA EN SU DESPACHO

EN LA VEGA

NOVELA DE COSTUMBRES GRANADINAS

POR

JOSÉ DE LAUGI

XII

PIEBRE

Recuerdo perfectamente los cinco días que pasé sin poder levantarme, sacudido á cada instante por la fuerte fiebre que me postraba. El recuerdo de aquellos tristes días está en mí tan intensamente grabado, que al hoy traspasar al papel mis memorias y llegar á este capítulo me parece ir viéndolas poco á poco, y recuerdo perfectamente la inquietud de mi tío, mis angustias y delirio la noche de la cita, y finalmente, mi postración cuando á la fiebre y la enfermedad sucedió la convalecencia.

Amargos fueron aquellos días. Ratos hubo en que traté de confesarle todo á tío Damián y arrojarme á sus plantas implorando su perdón. Mucho más efecto que el agua fría del desbordado Genil, causaron en mí las constantes inquietudes de mi delito; el peso de mi conciencia ahogaba mis pulmones haciéndome imposible la respiración, la mirada de mi tío se clavaba en mis ojos como si sospechase mis engaños... Solo la imagen de Rosario, alegre y risueña, ofreciendo vida y salud me consolaba en tan largos días, y sentía deseos de marchar hacia Granada y conquistar á fuerza de sacrificios el amor de mi tirana. Algunos días, viendo al sol levantarse por encima de la Alhambra, pensaba en la inquietud que por entrar en ella sentirían Fernando é Isabel, acampados cerca de donde yo estaba, y me satisfacía considerarme un nuevo conquistador á quien en la ciudad maravillosa esperasen todo género de dichas y felicidades.

El tiempo había vuelto á mejorar lo bastante para poder arriesgarme una de aquellas noches á la escapatoria pensada.

Acabó el mes de Octubre, tan accidentado para mí, y el primero de Noviembre hube de contar mis ánimos y decidir mi fuga nocturna; mi tío dormía tranquilo mientras que yo camino de Granada me jugaba el todo por el todo. Al fin él no era nadie para impedirme querer á quien yo quisiera; con que la muchacha estuviese conforme, lo demás era cuenta mía; y como estar, estaba dispuesto á todo, ¡buenos somos los *chichos* de Castro en poniéndose un obstáculo delante de nuestras narices!; para eso estábamos viendo desde pequeños al peñón de Santana tenérselas tiesas con el barbarote del mar, sin cederle ni una vara de terreno; y ¡era yo capaz de retirarme al primer golpe! De ninguna manera (1).

Era una hermosa noche de Noviembre. Marchaba hacia Granada envuelto en mi amplio capote y jinete en mi andaluza jaca, con el ancho sombrero de campo y la granadina faja entre los apretados pliegues de mi faja, próxima al corazón como defensora y cómplice de sus caprichos, y azuzando los ímpetus de la jaca que brincaba nerviosa al contacto de mis espuelas.

A mi castigo respondía la bestia donosamente; el pobre animal galopaba ya sin darse cuenta de ello mientras mi pensamiento volaba á la reja de Rosario.

Por Rafael conocía su casa. Varias veces durante las disensiones del pleito con mi tío tuvo que visitar la sin gusto para ello. No quiero citar la calle, porque no es grande y darías pronto con ella. Al lado de la Catedral, no lejos del Zacatín y de la plaza de Bibarrambla, hay una antigua casa de labrados balcones y retorcidos y entrelazados hierros en sus rejas. El ancho portal conduce á un patio, que visto á través de la cancela, muestra señales de un bello mudéjar; una fuente de blanco mármol deja caer un intermitente chorro de agua transparente y en todo el patio deslumbra una blancura que más que cegar, encanta.

La fachada es barroca. La profusión de adornos cansa la vista sin lograr entusiasmarla con ninguno; los balcones llenos de macetas y jaulas, parecen retozos arrancados del Generalife y las rejas imponen por la robustez de su entrelazado.

¡Las rejas! Ante ellas habrían pasado antes que yo centenares de enamorados llevando á vida más tranquila el secreto de sus amores confiados en la

paz de la noche; por delante de aquellas rejas habrían pasado los últimos guerreros de la reconquista, deslumbradores con sus armaduras y cotas de malla; luego más tarde caballeros de Castilla adornados á la moda de Flandes, con sus trajes vistosos y sus palabras mezcla de la sobriedad castellana y la verbosidad morisca, cuyas sangres llevaban mezcladas; tiempo después, los remilgados galanes de los últimos Austrias, envueltos en sus capas señoriales apoyada la displicente diestra en la espada, más cubierta de adornos que de sangre enemiga; luego llegarían los mozos semeando viejos con sus empolvadas y rizosas pelucas; después la indumentaria iría cambiando hacia el traje sencillo y prosaico de nuestros días, pero la capa y el acero fueron los eternos compañeros de la reja; aquella sirvió para ocultar al galán y ésta para defender preferencias y abatir osadías. Y así fueron pasando paisanos y guerreros, castellanos y moriscos, dejando todos entre los retorcidos hierros sus flamantes palabras de miel y sus juramentos y promesas, en tanto que tras la reja brillaban ojos de lucir intenso y fulgor africano, últimos vestigios del poder árabe que desaparecía, dominando, no obstante, desde el encierro á que quedaba sujeto tras los entrelazados y robustos hierros de aquellas rejas.

Y pensando esta y mil cosas, caminaba yo hacia Granada, viendo brillar las torres de la Alhambra como debió verlas el valiente Pulgar ó el arriesgado Garcilaso.

El aire de la sierra, frío, casi helado, no era bastante para enfriar los ardores de mi fantasía; deseaba llegar y obtener de Rosario una promesa de cariño. Su cita, incumplida por mí, había retardado la entrevista y me llevaba hacia ella sin saber cómo había de arreglármelas.

Estando dispuesto á todo, ninguna cosa me arredraba; todo en aquellos momentos me parecía fácil y sencillo; el asunto era hablar á solas con Rosario y lo más pronto.

Dejé mi jaca en la misma posada de «Patatas», donde siempre la dejaba, y sin quitarme el capote, subí la calle de Recoogidas, desembocué en la Puerta Real, y por la calle de Mesones me fui buscando la casa con el mismo anhelo que los Reyes Magos buscaron el portal de Belén.

Yo conocía la casa por las descripciones de Rafael y hasta me imaginaba haber entrado en ella. Las señas no me dejaban lugar á dudas; la calle es corta; la casa es la única con balcones de piedra y fachada señorial. Seguramente, antes de verla y conocer los balcones donde Rosario tantas veces se habría asomado, yo la llevaba dentro de mi cabeza.

Poco tardé en orientarme á pesar de lo laberíntico de las calles; al doblar una esquina la ví de lejos y corrí hacia ella como si la muchacha me esperase tras de la reja.

Y en este mismo momento pensé morirme y así hubiera acabado esta historia para bien de mis lectores. En una de las rejas, pegado á ella como sombra de la traidora, estaba un hombre de charla.

¡Sí! lo confieso con sinceridad. En esos momentos me lo explico todo, sin darle ni valor ni mérito. Comprendo que á una ilusión destrizada corresponde un hombre muerto; comprendo que se juegue todo en un instante, que la fogosa sangre que corre por nuestras venas salga y anegue con su crimen el despecto y la traición.

Pero afortunadamente me contuve, y el buen pensar montañés y la sangre alborotada lucharon con energía. En mi pecho notaba la tremenda conmoción del fúaco; mi corazón latía con tanta violencia, que parecía empujar fuera de la faja el flamante cuchillo, embelleciéndome el crimen con todos los entusiasmos de la legítima venganza.

Quedé un momento indeciso, y ante la imagen del crimen hui por calles y plazuelas como un loco suelto, tropezando y ofendiendo á los transeúntes, soltando blasfemias como un condenado, agarrándome frenético á las rejas que veía para desfogar mis iras de demente y protestando del cielo y del infierno que no me tragaban dejándome desafiarlos impunemente.

No recuerdo con certeza lo que hice. Sé que entré en una taberna, que bebí como un borracho, que lloré como un niño en una calleja, que un pobre sereno trató de consolarme...; después recuerdo que sentí otra vez renacer mis iras de hombre burlado, y arrojando mis temores con fiereza, me propuse acabar de una vez con una vida tan falsa. Como loco corrí

á casa de Rosario; ahora iba resuelto á todo; quizá estuvieran aún hablando, y si estaban, ¡desgraciados de nosotros!

Así llegué frenético á la casa. La sombra de él se confundía con la reja. Me acerqué decidido y le dí un fuerte empujón.

—¡Rediez! ¡Podía usted avisar cuando beba vino! —exclamó con arrogancia.

—¡Y usted avisar á esa... coqueta, que cierre los ojos para no ver lo que pasa!

La cosa estaba hecha. Saqué el cuchillo y esperé su arremetida.

¡Aún era bastante noble para no arremeter el primero á un inocente!

—Pero, señorito Pablo, ¿qué le pasa asté pa venir con esos modo! —dijo tras de la reja una voz que no era de Rosario.

Era la voz de una criada que sonó en mis oídos como aviso del cielo. Me había dejado llevar por mi carácter brusco, sin pensar en quién pudiera ser la que charlaba por la reja.

—¿Pero es usted la que hablaba con este hombre? ¡Perdón, señores, perdón! Soy un estúpido. Unos celos inoportunos me han hecho cometer esta torpeza. Soy un loco.

Hubo un momento de silencio en que pensamos cada cual decir alguna cosa. Me sequé el sudor que por mí frente corría, y tratando de contener una risa nerviosa que me retozaba por todo el cuerpo, producto de mi ruda lección y feliz resultado, pregunté á la criada:

—¿Puedo ver á la señorita Rosario?

—La señorita Rosario debe estar ma dormía que un tronco.

—Buena; pues yo la pido á usted un favor.

—Venga d'ahí.

—Decírala que mañana á las diez estará aquí. Que me espere, que he estado enfermo.

—Está bien.

—Pues gracias mil.

—No hay de qué.

—Y usted—dije dirigiéndome al novio—perdóname por mi torpeza; venía desesperado y me felicito de haberme hallado con un hombre de bien.

—Olvidáo y tan amigos.

—Pues buenas noches.

Me retiré sofocado y alegre de mi desengaño. ¡Dios no puede permitir ciertas cosas!añadi reconocio. Mas, cuando tranquilo iba á salir de la calle, sentí una mano que se apoyaba en mis espaldas con cierta osadía.

Me volví sorprendido, y mi asombro fué indescriptible cuando, á la lejana luz de un farol, reconocí en mi interruptor al primo de Rosario, al maldecido seminarista.

—Caballero—exclamó con la seriedad del que viene á jugarle lo que más le interesa,—deseo con toda el alma hablar un rato con usted.

—Estoy á su disposición donde y cuando usted quiera—contesté sin que me hicieran vacilar la sorpresa y la visión de un lance inesperado.

—¿Tíe usted que hacer esta misma noche?

—Para asunto tan importante como el que supongo vamos á tratar, estoy desocupado siempre.

—Se trata de mi prima Rosario.

—Vamos donde usted quiera.

Instintivamente palpé la faja para cerciorarme de la presencia del cuchillo, satisfecho de jugarme la vida por Rosario, y excitado mi carácter aventurero por lo difícil y arriesgado del lance. Seguí los pasos de mi rival, sin adivinar cómo terminaría tal aventura, en la que ya me imaginaba ver brillar las navajas á la luz de la luna y salir la sangre á borbotones como tributo á la belleza de una mujer bonita, cuya sonrisa se jugaban dos hombres lo mismo que una moneda á cara y cruz.

Cruzamos silenciosos las intrincadas callejuelas sin yo acertar hacia dónde caminábamos, hasta que nos detuvimos frente á una casa de aspecto pobre y destarrado.

Llamé el seminarista sacudiendo el aldabón, se abrió la puerta al momento, y sin atender mi sorpresa ni mis justos recelos, exclamó con decisión:

—¡Adelante; pase usted.

Yo no tuve valor para dudar. Iba dispuesto á todo y entré sin asustarme ni vacilar.

En aquel momento el lejano reloj de la catedral dió, con su pausado campaneó, las dos de la madrugada.

(Se continuará.)

(1) Este peñón de Santana que menciono con frecuencia, es seguramente lo más característico del pintoresco Castro-Urdiales. Avanzando mar adentro, y sujeto continuamente á las iras del Cantábrico, es, al propio tiempo que valladar, emblema de la constancia y fortaleza cántabra. El pueblo ostenta el peñón en sus escudos; los castreños guardan su imagen en el pecho.

Exigencias del próspero desarrollo de Castro, vuelan hoy el artístico é indomable peñón para reemplazarlo con un hermoso puerto. ¡Quiera Dios que gane tanto el trabajo y el progreso como pierden el arte y la Naturaleza!